

La huida como vigencia social: obedecer desobedeciendo

JOSÉ LUIS PÉREZ CEBRIÁN

No sé si nuestro mundo vive uno de esos momentos de angustia en los que la gente normal percibe un vacío sin salida. Uno de esos momentos que suelen preceder a los grandes cambios. Quizás no. O quizás no hemos llegado todavía al fondo del vacío. Y estamos en ese momento de desconcierto en que la humanidad decide huir: dar la espalda a la incertidumbre y acogerse a cualquier cosa. ¿Cómo? Hay muchos atajos: gozar de todo lo que se tiene al alcance de la mano (la vieja y difusa fórmula del amor libre); echarse al monte por la patria oprimida; unirse fervorosamente a algún grupo religioso, o

emborracharse, sin más, con la ayuda de cualquier droga...

Es lo de siempre. Pero si se repasa la historia (la historia sin manipular por cualquier nacionalismo), ese fenómeno de angustia universal y de falsas salidas se produce con especial intensidad en las grandes encrucijadas (Roma antigua, final de la Edad Media, vísperas de la revolución urbana e industrial...) ¿Dan para tanto las boqueadas de este siglo XX, sin duda, traumático? El síntoma más alarmante puede ser el de la droga, tras la que se acoquinan tantos jóvenes que, en su mayoría,

serán ya siempre una carga. Son significativas también las crecientes sectas religiosas como refugio de gentes perdidas. Los diversos integrismos. Y las guerras reales que nos acechan: la antigua Yugoslavia, Argelia o, sin ir más lejos, el terrorismo de nuestro País Vasco...

¿Qué significa, por ejemplo, el hecho de los okupas que rechazan la cultura de las instituciones? ¿Son la guinda de la tarta o representan, como ellos dicen, un movimiento de reivindicación social contra la especulación capitalista? Tardíos en España, aquí los okupas parece que son grupos de jóvenes por lo general de clase media, con mejor o peor expediente de estudios, que se desmarcan de los partidos políticos y que, ante tantas degradaciones en la ciudad, tratan de recuperar una relación idílica de barrio. Un sueño al que aportan su presencia, sus pintadas y consignas y sus “talleres” (noble palabra para la historia) de una cultura no oficial más bien para pobres, digo yo, con la que no debe de ser fácil acceder a un trabajo para vivir. Es decir, los okupas tienen ideología propia, no sé si cercana o no a tantos brotes anarcoselectivos en nuestro siglo y en nuestro país.

Afortunadamente, no parece que sean okupas de pisos modestos de modestas rentas, de las que, a veces, suelen subsistir modestos propietarios, muchos de ellos ancianos, sino que son okupas de “centros sociales” en los que procuran impartir su cultura diferente. (Los okupas sin k de los pisos que digo, que son plaga más peligrosa, se aprovechan de sus víctimas al abrigo de la lentitud de la Justicia).

A mí, que formé parte de las desbandadas rurales que en los años 50 emigraron hacia las grandes ciudades y a Europa, las culturas diferentes o alternativas le resultan sospechosas. Al menos, tan sospechosas como aquello de que los pobres y las prostitutas (residuos de pobreza ellas) tendrán preferencia en el reino de los

cielos. Quizás no saben los jóvenes okupas de Madrid y Barcelona que hubo un tiempo, no lejano, en el que la mayor parte de los nacidos aquí no podían (ni se les ocurría) acceder a la cultura y a los titulitos de la clase acomodada. A lo sumo que podía aspirar la mayoría era a aprender las cuatro reglas, que, para abrir zanjas, ser mozos de almacén y oficios así, ya era bastante, y las chicas, aventajadas y con suerte, podían llegar a camiseras (las de mejor clase, se hacían maestras o tocaban el piano). Los intelectuales, los políticos y los curas solían elogiar esa cultura popular. Y cuando quería salir de ella alguno de sus pardillos, enseguida le ponían barreras y le aconsejaban que no era conveniente ni posible. Esa cosa popular era incluso “voluntad de Dios”. Sólo a alguien como Unamuno se le ocurría decir que la libertad que había de dar al pueblo era la cultura. Toda la cultura, la académica y la otra, porque todas las culturas son mestizas y, aparte de reflejar necesidades humanas comunes, ayudan al sustento, que es lo primero. Sustento: Y esas pintadas anarcoides contra el Estado, ¿qué pretenden? ¿Terminar con el sustento de los ancianos, dejar sin educación, sanidad... a la gente común? Son pintadas que se acercan al peor conservadurismo.

Resultaba curioso que a aquellos chicos a la única carrera a la que se les dejaba acceder era a la de cura y con sotana. Sólo el catecismo era prácticamente obligatorio para las clases bajas y no los otros libros y escuelas que daban paso al bachiller. Y es que el título de bachiller era la entrada menor que pedían los vigilantes del territorio de los predestinados. Una entrada prohibida de hecho a los chicos de clases inadecuadas. Por aquel tiempo, hace 30 años, sólo uno de cada cien españoles en edad de hacerlo estudiaba el bachillerato. Todos los poderes estaban tácitamente de acuerdo en ello. También la anarquía de clase, que desde una situación de privilegio, se mostraba ingeniosamente demoledora y contracultural, pero sin perder el derecho al recinto. Lo que

aquellos ácratas venían a decir a los que estaban fuera es que no merecía la pena luchar por conseguir una entrada, sino coger el atajo a un mundo diferente y libertario de “hermanos”. Pero los que querían entrar eran desconfiados y tercios como los emigrantes de ahora ante las fronteras que el instinto les empuja a cruzar como sea. Aquella plebe aprovechaba hasta la mili, que siempre fue su carga (los otros solían librarse o eran enchufados), para aprender a escribir cartas sin faltas de ortografía, esa parte de la gramática menospreciada por García Márquez.

¿Por qué se multiplican en este momento los grupos religiosos en las urbes más grandes y evolucionadas? Es un mal presagio. Esta proliferación de capillas y pastores para el cántico y la fascinación, a la que se acoge el marginado, es otra manera de que la gente sin “entrada” se esté quieta a la espera de subirse a algún cometa con destino celestial. En España una de las últimas fanfarrias que caló en muchos jóvenes fue la “movida” madrileña: una tramposa manera de no pensar, de vivir distraídos de la realidad.

No está claro por qué camino va la cultura alternativa de los okupas y demás adeptos. Pero me temo que su acantonamiento puede desorientar a los verdaderos marginados de nacimiento que querrían dejar de serlo. ¿Son todos ellos una variante de aquella juventud del 68 que se quedó en tormenta de verano tras la que los protagonistas se instalaron en los despachos de siempre? ¿Por qué no entran a formar parte de los partidos políticos a los que podrían aportar ideas e inquietud? No se sabe que crisis representan: deberían aclararse. La concepción de la educación y de la cultura como medio de participación social ha sido sobre todo una conquista política y de ilustrados. Pero no se trata de otra educación y diferente cultura, sino de un derecho y un servicio público para todos que hay que seguir defendiendo.

No es, pues, esta una reflexión de condena a los que, con portazo o sin él, escapan. Es una pregunta. Es un síntoma sobre el que hay que pensar y, en este sentido, puede ser bueno. Parece que algo no funciona bien en la educación familiar y en la socialización de las nuevas generaciones. Quizá se ha pasado de unos principios dogmáticos y autoritarios, a una educación “débil” que produce seres desorientados y superprotegidos, que llegado el momento no se atreven a afrontar ni siquiera a ver la realidad que hay detrás del decorado. La catedrática de Ética Victoria Camps apunta dos causas en el origen del problema: una concepción equivocada de lo que significa ser progresista, y una falta de sentido de la responsabilidad en la educación. Educar —dice— es enseñar, transmitir un saber, mostrarles a los niños el mundo. Y apunta una conclusión de Hanna Arendt: “Por la educación discernimos si queremos a nuestros hijos lo suficiente para no ahuyentarlos de nuestro mundo ni abandonarlos a su propia suerte, ni privarles de la oportunidad de emprender algo nuevo, algo no previsto por nosotros, sino más bien prepararlos de antemano para la tarea de renovar un mundo común”.

Poco van a renovar los jóvenes atrincherados en esas “culturas” o “movidas” de temporada. Posiblemente, todo lo contrario: Hay un verso de Pier Paolo Pasolini sobre la generación del 68 que podría hacer pensar a estos incautos de ahora: “...generación infortunada —dice—, y tú obedeciste desobedeciendo”. Pero los adultos debemos preguntarnos en qué medida esa huida a ninguna parte o acomodación de algunos jóvenes es fruto de la previa renuncia de padres y maestros a pensar y a educar (no sólo enseñar) a los que empiezan a vivir aquí, en este mundo de todos que hay que seguir mejorando.